

## Cultura a la contra

### Poesía en movimiento

Las ondas, que son unas ordinarias, suelen transmitir mensajes de gusto comprobablemente malo. Me refiero, claro está, a las ondas hertzianas, que, según tengo entendido, son las que nos meten los programas de radio en casa. Y ocurre que en éstas —en algunas de ellas— la poesía ha encontrado un reducto para manifestarse; concretamente en la emisora de Frecuencia Modulada (F. M. para los gacetilleros) Radio España Onda 2. Allí tienen sus programas mozos divertidos y pintureros como Gonzalo Garrido, Mario Armero, Rafael Abitbol —"Doctor Champú"— y Juan de Pablos, entre otros. Y nos traen todas las tardes nuevas formas creativas, poéticas, de entender el mundo y ese otro mundo que es el rock.

Hablaré primero de Juan de Pablos, ese señor al que advino tierno; dotado de un lirismo nostálgico que en otro —en otro que fuese peor locutor y más malamente profesional— resultaría empalagoso, Juan de Pablos nos comunica programas malva de recuerdo y viejas tardes de guateque, nos retrotrae a aquellos tiempos en los que pensábamos que era posible enamorarse bailando. Podemos, gracias a él, volver a otr encantadores fósiles, como Françoise Hardy o Sandie Shaw. Y podemos, sobre todo, escucharle a él, a su chorro de voz que parece contarnos siempre sus secretas pasiones —no en vano su programa se llama "Flor de pasión"—, que alguna vez han sido las nuestras.

El Doctor Champú es otra cosa: tiene un concepto de la radio y del rock dinámico y valiente, y no se arredra en ponernos los últimos sonidos del mundo, aquellos que hacen estremecerse de horror a las paredes reaccionarias y gritar a los vecinos de casa. Porque, por desgracia, las paredes oyen y los vecinos también.

Y también, fuera de la radio, hay otras formas de poesía en movimiento, de vida en la muerte cotidiana. En televisión tenemos el programa "Aplauso", Incomprendido, y que es uno de los que mayor frescura y gracia tiene en la pútrida TVE: nos muestran a los rockeros modernos, patéticos, bailando sudorosos o imitando a los Travolta de turno. Y nos ponen fragmentos de las películas musicales de todos los tiempos, desde "Cantando bajo la lluvia" a "Jesucristo Superstar": Y nos presentan grupos insólitamente buenos, como la Tom Robinson Band o Cheap Trick. Todo esto, envuelto en salsas de gracia y agilidad, sin pretensiones. La televisión se convierte ahí en otro vehículo para la poesía.

En las noches de Madrid puede verse a poetas recitar de manera insólita, en barecillos: Gloria Fuertes, en Vihuela o en la maravillosa librería-bar-sala de exposiciones que se llama El Pub y que está en López de Hoyos; librería simpatísimas, que ha devuelto a la realidad la vieja vida de las reboticas y las trastiendas, donde se charlaba. O bien el irremisiblemente inadaptado Jaime Noguero, que, acompañado de Cucharada, recita-interpreta sus magníficas paridas de hijo del asfalto en los bares más progres.

Capítulo aparte merece Carlos Patiño, barbudo y travestido, que es rapsoda nocturno y celebrante de los misterios de la mejor poesía. Patiño une poesía a mímica, y desde su tiendecita del Centro Argüelles prepara espectáculos mágicos y alegres, y hasta gays, y —desde luego— siempre tan subversivos como sugestivos. Carlos Patiño es un ángel de absentia y encaje antiguo, capaz de reinventar la noche a través de su poesía, y de mellar, cantando y actuando, todos los cuchillos largos que nos quieren clavar las fuerzas grises de la noche, nuestra querida y malherida noche, que renace en poesía, en movimiento, en fuegos de alcohol. ■ EDUARDO HARO IBARS.

mento religioso, divino que, como hilo de Ariadna o argamasa, o babilla de caracol de los caminos, va uniendo los elementos más diversos de que se compone esta narración espejeante. Narración que parece la obra de un Lautréamont que, en vez de perderse por los vericuetos del castillo de Otranto, se hubiera encontrado en la habitación penumbrosa de Proust. ■ EDUARDO HARO IBARS.

### "Los parientes de Ester"

La novela (1) es una obra redonda. Su atractivo se desprende ya desde sus primeras páginas, donde las visitas de condolencia por la muerte de Ester dan lugar a una escena tan profundamente divertida como cruel, que recuerda aquella genial escena del camarote de Groucho Marx, en "Una noche en la ópera", sólo que aquí el camarote es una cocina, y el electricista, los camareros, las chicas de la manicura, o quienes quiera que van llegando a ese camarote, son parientes y más parientes que van entrando en la reducida cocina, porque es allí donde hay platos y se reparan los pocillos de café y la carne. En esas primeras páginas del libro se percibe rápidamente también otra gran cualidad del mismo: lo bien trazados, delimitados, que están sus personajes, lo seguros ya que andan y caminan. Así puede establecerse el que, por encima de todo corte (social, de intriga, etcétera) con que pudiera, y recalco el pudiera, calificarse a esta primera novela de Fayad, se encuentran unos personajes extraordinariamente encarnados, que respiran vida. Cada figura del libro parece profundamente meditada (o vivida) en cada uno de sus gestos. Por último, y aparte ya de sus lógicos matices, Fayad se propone, nada más y nada menos, que contar una historia. Una historia que nos interesa y nos apasiona a la vez. Hay, por supuesto, un montaje original de imágenes y, sobre todo, de situaciones, distintas, que se suceden a veces sin una ruptura precisa, mediante el adecuado paso de la antorcha o de la pelota de un personaje a otro, pero, por lo demás, la fuerza que mantiene la

historia se basa en la humanidad y la precisión de esos personajes, y en el suspense absolutamente clásico —o mantenido a través de cánones clásicos, aun cuando puedan estar trastocados— que va creciendo, como una planta, al principio de manera imperceptible, después devoradoramente cuando ya todos los hilos de esa trama se han cruzado y están en contacto.

La trama de esa historia nos narra las vicisitudes del marido de Ester, un anónimo empleado de Ministerio, a la muerte de ésta, y abriéndose como en abanico, nos va mostrando los conflictos de los distintos personajes que componen la familia Callejas, "los parientes...". Hay como todo un juego de relaciones que son las que establecen las diversas historias que se nos van contando a lo largo del libro. Así la relación Gregorio Camero-Angel Callejas, el viudo y un tío de Ester, ambos, por diversos motivos, empeñados en poner un restaurante. Así la relación también de Hortensia, hija de Ester, con Alicia (hija de una hermana de Ester), historia de amistad empañada por las diferencias sociales de las dos chicas. O la relación de Honorio Callejas (tío también de Ester), el potentado de la familia, con Nomar Mahid, y el negocio en que trata de meter, sin conseguirlo, a este último... En fin, cada pareja, cada trío o cada individuo de la novela está embarcado y alucinado en su propia aventura, que trata de llevar a buen puerto como puede o como le dejan. La narración establece así, aparte de un juego de participación espontánea, de intriga con el lector, un ir apartando velos y un desenlace de sorpresas que van instalando en la realidad

Luis Fayad.



(1) Luis Fayad: "Los parientes de Ester". Edit. Alfaguara.